

El observador en la ventana

Por Hadi Guadalupe Valencia López

Empecé a sentirme mareada y fui a sentarme en la butaca. La vista se me nubló, los objetos se desdibujaron, los ojos se me cerraban. Luchaba por mantenerlos abiertos. Traté de levantarme, pero de improviso una fuerte sensación de paz, inesperada, me recorrió: una enorme calma, una calidez que avanzaba a través de mis venas, ante la cual me rendí, extasiada. No, no iba a quedarme dormida. Era algo distinto, completamente diferente al sueño reparador.

Horas después...

Abro los ojos lentamente. Me siento confundida. Una luz me alumbra directamente la cara, obligándome a acostumbrarme a la iluminación. Puedo notar una sombra sentada frente a mí.

—Por fin despertaste.

—¿Qué? ¿Quién eres? —trato de ver su rostro, pero me es imposible—.

—Te necesito para una misión. En Roma.

—¿De qué hablas?

—Por favor, no finjas que no sabes de lo que hablo, Lindsay Rojas.

Me sorprende al escucharlo. ¿Cómo sabe mi antiguo nombre? Borré toda la información...

Acto seguido, retira la luz de mi rostro, permitiéndome verlo directamente a los ojos. Al reconocerlo, me quedo pasmada.

—Víctor...

Lo vi morir ante mis ojos. No puede ser... No puedo creer que mi hermano siga vivo.

Víctor me explica lo que ocurrió hace tres años, durante la última misión en Luxemburgo, donde fingió su muerte para salvarse. Ahora ha regresado. Necesita que lo ayude en una última operación: recuperar un objeto perdido de la Antigua Roma.

Camino por toda la habitación, procesando la información. Tengo que sopesar todo esto, después de tres largos años. Me alejé de la agencia de espionaje porque la última vez que entré en acción casi pierdo la vida. Me puse en un grave peligro. Una organización enemiga empezó a rastrear me, lo que me obligó a cambiar de identidad. Creé un nuevo nombre, cambié de nacionalidad, incluso mi edad. Empecé desde cero en Londres, donde construí una buena vida. Pero ahora sé que Víctor nunca murió, y además necesita mi ayuda. Eso es algo que no esperaba.

—¿Lo has terminado de pensar, hermanita?

—¡Por Dios! ¡Claro que no! Aún no puedo creer que hayas sobrevivido a esa explosión. Todo es tan... —me dejo caer en una de las sillas más cercanas—. No sé ni qué decir.

—Lindsay...

—Lindsay ya no existe. Ahora soy Abby.

Me mira serio.

—Como quieras, Abby. Pero esta es una gran oportunidad para ti. Si logramos completar la misión, ganaremos millones. Además, tendremos protección. No habrá necesidad de escondernos, ni de crear nuevas identidades. Tendrás la vida que siempre quisiste. Piénsalo bien.

El observador en la ventana

Todo me da vueltas, pero algo dentro de mí me empuja a decir:

—De acuerdo. ¿Qué tengo que hacer?

Cuatro horas después...

Subo las pequeñas escaleras del jet privado. Esto es una locura. ¿En qué momento acepté este trabajo? Miro a mi alrededor. Todo es lujoso. Me pregunto cómo Víctor consiguió todo esto. Durante el vuelo, mantengo la vista en la pequeña ventanilla ovalada, observando el paisaje.

Al llegar a Roma, una limosina negra nos espera a las afueras del pequeño aeropuerto. Subimos, pero tengo el presentimiento de que algo malo va a suceder.

Víctor me entrega una peluca rubia, una bolsa con maquillaje y un vestido blanco, demasiado formal para mi gusto.

—Esto es lo que harás. Llegaremos a un hotel elegante. Irás al bar y te sentarás en una de las mesas más apartadas. Cuando estés dentro, buscarás a este hombre —me muestra la foto de un señor de unos cincuenta años—. Al momento de verlo, te acercarás a él y recibirás instrucciones que deberás seguir al pie de la letra.

Hacemos una parada antes de llegar al hotel. Al bajar de la limosina, me encuentro frente a una casa abandonada. Sin embargo, al entrar, me doy cuenta de que el exterior es solo una fachada: el interior está en mejores condiciones que mi propio hogar. Entro en una recámara y trato de arreglarme lo más rápido posible.

Al acercarme al espejo del tocador, noto una carpeta amarilla. Reviso los papeles que contiene: toda la información es sobre las personas con las que interactuaré y que están involucradas en el caso. Estudio lo más relevante.

Cuando me siento lista, salgo de la casa. Esta vez no hay limosina, sino una Range Rover negra. Un chofer me abre la puerta trasera.

—¿Está lista, señorita Audrey?

Ese es mi nombre para la misión. Asiento con la cabeza y entro al auto. Los cristales están polarizados, pero puedo ver lo que ocurre en las calles. Por el intercomunicador me informan que estamos a unos metros del hotel.

Me preparo, pero el auto da un brinco.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, asomando la cabeza entre los asientos.

—No lo sé...

De pronto, los frenos fallan. Una emboscada.

Miro al frente: una persona está parada en medio del camino. El chofer tuerce el volante. El coche derrapa, gira por el aire y termina volcado.

Cuando todo deja de girar, siento un dolor punzante en la pierna y en las costillas. Ignoro el dolor y me arrastro por el techo del auto, saliendo por la ventana destrozada. Siento los cristales clavarse bajo mis rodillas.

Afuera, veo a un hombre alto y musculoso acercarse. Estoy aturdida, y un zumbido constante retumba en mis oídos. Con la poca fuerza que me queda, tomo el arma escondida en mi vestido. Elevo el brazo, apunto... y reconozco su rostro.

Él también se queda inmóvil por unos segundos. Veo la sorpresa en su expresión.

Me reconoció. Sabe que estoy aquí.

